

la sangre real, con el objeto de que tomase el mando, terminando así las divisiones, que habian ya comenzado á paralizar sus movimientos [1].

Entre tanto, los republicanos hicieron cuanto estuvo en su poder, á fin de reparar el desastre, y mientras que Kleber trabajaba en Angers asiduamente para reorganizar su ejército, la Convencion daba un sangriento decreto, en el cual ordenaba "que toda ciudad que recibiese á los insurgentes ó los socorriese, sin hacer, por el contrario, cuanto estuviera en su mano para rechazarlos, fuese tratada como una ciudad rebelde, arrasada hasta la tierra, y los bienes de los habitantes, confiscados á favor de la República [2]." Afortunadamente la debilidad de sus ejércitos en la ribera derecha del Loira, estorbó que este decreto fuese llevado á ejecucion en general.

El ejército sufrió en Fougères una pérdida irreparable con la muerte de M. de Lescure, que espiró al fin á causa de la herida que recibió en la batalla de Cholet, y los largos padecimientos y ansiedades que habia sufrido desde entonces. Este guerrero esperó su última hora con su serenidad acostumbrada: "Abrid las ventanas, dijo á su mujer que lo velaba á la cabecera de su cama. ¿Es ya de día?" "Sí, replicó ella, hay un sol espléndido." "Entonces, tengo un velo ante los

(1) Jom. IV, 329. Larroch. 281. Beauch. II, 152, 155

(2) Guerres des Vend. II, 231. Larroch. 269, 271. Beauch. II, 149.

ojos, observó el moribundo general; siempre creí que mi herida seria mortal, y no puedo ya dudarle por mas tiempo: querida mia, dos pesares únicos me acompañan á la tumba; dejáros es el primero, y el otro, el no haber podido colocar al rey en el trono; os dejo en medio de la guerra civil, con un niño desamparado, y ademas otro en el seno, y esto me despedaza el corazón. Nada temo por mí mismo; he visto muy á menudo á la muerte para que pueda tener miedo á sus terrores, y espero participar de la vida eterna: por vos solo lo siento;" y sus ojos se llenaron entonces de lágrimas. "Esperaba haberos hecho feliz. Perdonadme si he labrado vuestra desgracia, y consolaos con la idea de que estaré en el cielo. Por lo que toca á mí, llevo conmigo el santo pensamiento de que el Señor velará sobre vos." Pocos instantes despues habia cesado de vivir, al mismo tiempo que una benévola sonrisa se esparcia por sus tranquilas facciones. El piadoso cuidado de sus parientes encomendó su cuerpo á la tierra, depositándole en un sepulcro desconocido, y preservando así su cadáver de los furiosos insultos de los republicanos.

Los vendeanos, recobrados al fin de sus fatigas, avanzaron lentamente hacia Granville, al que cercaron con treinta mil combatientes. La marcha habia sido tan lenta, á causa de sus embarazos, que no quedaba ninguna esperanza de sorprender la plaza, y la falta de artillería de sitio les imposibilitaba al mismo tiem-

Noviembre 14.
Los realistas rechazados en Granville.

po de poder abrir ninguna brecha; se resolvió por esto escalarla, porque el socorro inglés no habia llegado, y las circunstancias en que se encontraba el ejército, demandaban imperiosamente un pronto triunfo. Despues de haber los realistas preparado las escalas de asalto y amonestado á la plaza, avanzaron al ataque con tal ardor por parte de los soldados, que no solo se hicieron dueños de los arrabales, sino que se arrojaron á las obras exteriores, y algunos de los mas bravos subieron á las murallas, supliendo la falta de escalas con sus bayonetas, las que clavaban en los intersticios de las piedras. Aterrorizada la guarnicion, corria de lo alto de las murallas, cuando un desertor exclamó: “¡Traicion! ¡nos han vendido!” y la impetuosa multitud, cediendo al impulso, se precipitó dentro del foso. El ataque continuó, pero no habiendo precedido ninguna clase de reconocimiento, y seguido ademas con una completa ignorancia de las fortificaciones, se efectuó por la parte menos vulnerable y en donde los que asaltaban, estaban espuestos á un severo fuego de flanco por parte de los buques armados del puerto. No obstante los mas heroicos esfuerzos, los vendeanos fueron rechazados al fin, y viendo el comandante republicano que no habia modo ninguno de arrojarlos de los arrabales, los incendió él mismo, siendo alimentada la conflagracion por una fuerte brisa que pronto los redujo á cenizas. Solo por las ardientes súplicas de los caudillos, volvieron los vendeanos segunda vez al asalto por entre las

ruinas humeantes de los arrabales, pero este ataque salió de nuevo infructuoso. Los sacerdotes, con el crucifijo en las manos, animaban su valor marchando á la cabeza; los oficiales conducian las columnas sobre las ruinas calcinadas de las casas, y las valientes tropas se arrojaban adelante, sin reparar la tempestad de fuego y de metralla que arrojaban contra ellos desde las murallas, acompañada del terrible cañoneo de flanco que hacian las lanchas estacionadas en el puerto. Ellos, sin embargo, despedazaron las palizadas, cruzaron el foso, y aun escalaron las murallas por algunas partes; pero la resistencia de los republicanos era tan tenaz como el asalto mismo; así es que, despues de un sangriento combate de treinta y seis horas, y de una pérdida de ochocientos hombres, Enrique de Larrochejaquelein, se vió al cabo obligado con mucho disgusto á mandar la retirada [1].

Este golpe fué dañoso en gran manera para la causa vendeana. Larrochejaquelein y Stofflet determinaron adelantarse á Caen donde sabiase que existia un gran partido realista: habian salido ya á la cabeza de la caballeria con aquel objeto, cuando estalló una rebelion entre las tropas. La autoridad de los gefes fué lo primero que despreciaron, y el principe de Talmont acusado de querer escaparse á Jersey, fué aprehendido por los amotinadores, y solo con gran dificultad

(1) Larroch. 286. 288. Jom. IV, 332. Beauch. II, 168, 170.

pudo escapar de la muerte. La voz de Larrochejaquelein fué despreciada asi mismo, y solo Stofflet fué el único que pudo conservar alguna autoridad sobre las tropas. Los paisanos que jamas se habian sujetado á una disciplina regular, y no pudiendo comprender tampoco el plan de operaciones adoptado por sus gefes, clamaron ruidosamente contra cualquier paso ulterior que tendiese á prolongar su cansada marcha, é insistieron en volver inmediatamente á sus casas. Los generales despues de agotar cuanto les pudo sugerir la razon y la elocuencia, se vieron obligados á ceder al torrente, y dieronse órdenes para que todo el ejército se dirigiese hácia el Loira, causando esto un verdadedo placer á los soldados, quienes dijeron que pasarian por Angers aun cuando fuesen de hierro sus murallas. (1)

El ejército de vuelta á su país tomó el camino de Pantorson. Rosignal habia reunido un cuerpo de diez y ocho mil hombres, y esforzóse en defender aquella ciudad, lo cual dió lugar á un sangriento combate en sus calles; pero era irresistible el ataque de los realistas que estaban convencidos de que debian abrirse paso, espada en mano, hacia la Vendea; los republicanos fueron arrojados á la bayoneta por en medio de las calles; sus artilleros despedazados al pie de sus cañones; y todo el ejército derrotado con la pérdida de todo

(1) Jom. IV, 332, 333. Larroch. 289. Beauch. II, 173, 175.

su bagage y artilleria. Rosignal se replegó á Dol, en donde habiendo recibido refuerzos considerables, y unidosse ademas con otro ejército republicano que hacia ascender su fuerza á treinta y cinco mil hombres, se empeñó en hacer frente al enemigo y oponerse á su vuelta á la Vendea.

Y en Dol. Sin embargo á la aproximacion de los realistas desocupó la ciudad, y su única y espaciosa calle se llenó con carruages, artilleria, carros de bagage y mas de sesenta mil personas que embarazaban el ejército. La accion comenzó á media noche con un vigoroso ataque de parte de los republicanos contra las avanzadas de los realistas formados en frente de la ciudad; al instante se comunicó la alarma, y las tropas empuñaron al instante sus armas, en medio de las suplicas y las lagrimas de sus mugeres é hijos, para quienes no veian esperanza de salvacion sino en su propio valor; el estruendo de los cañones, los gritos de los combatientes, el brillo que á la luz de las antorchas despedian los sables agitados al aire por los dragones al cargar al enemigo, y la instantanea iluminacion de las granadas que rebentaban por todas partes, llenaban de terror y angustia á esta muchedumbre desamparada. El primer ataque

Su situacion desesperada,

de los realistas fué coronado por el triunfo; los republicanos fueron rechazados dos leguas; pero en el momento en que á causa del triunfo mismo se encontraban desordenados los realistas, Rosignal con su ala derecha atacó repentinamente la

izquierda de estos, y los rechazó con gran pérdida hasta la ciudad. [1]

La confusion allí llegó á ser indescrible; los fugitivos se abrieron camino por entre esa muchedumbre indefensa, mientras que la caballería en su fuga atropellaba á las mugeres y á los niños; la calle se cubria al mismo tiempo de victimas, heridos y moribundos, que rogaban á sus paisanos no los abandonasen en su desgracia. En este terrible extremo, estaban los gefes en tal estado de desesperacion, que buscaban la muerte; Enrique de Larrochejaquelein permaneció algunos minutos frente á una bateria con los brazos cruzados, mientras que Autichamps, Marigny y los otros capitanes, empleaban todos sus esfuerzos para detener á los fugitivos; Stofflet que habia sido arrastrado por el torrente, hacia tambien los mas vigorosos esfuerzos para detenerlos. Las mugeres arrancaban los fusiles de manos de los soldados, y los descargaban contra el enemigo; los sacerdotes con la cruz en la mano los exhortaban á volver al combate. El cura de Santa Maria de Ré en particular, arengaba á los hombres desde una altura, del modo mas energico. "Hijos mios, les decia, yo marcharé á vuestra cabeza con el crucifixo en mis manos; que se arrodillen cuantos quieran seguirme, y les daré la absolucion; si mueren, para ellos será el reino de los cielos; pero los cobardes que traicionan á Dios y á sus familias, seran asesinados por los Azules, y sus almas condenadas al

(1) Larroch. 292. Beauch. II, 184.

fuego eterno." Mas de dos mil hombres se arrodillaron entonces, recibieron la absolucion, y con el cura á su cabeza volvieron á la batalla esclamando "*Vive le Roy. Nous allons au Paradis.*" Estimulados los realistas de este modo renovaron el combate; á pocos instantes era tal la furia entre ambas partes, que cuando se habia agotado la municion, se enlazaban unos con otros, y con las manos se desgarraban el cuerpo; la confusion en las filas era tan completa, que vendedanos y republicanos se servian con frecuencia de las mismas cajas de municion. El valor de los realistas triunfó al fin: los batallones de voluntarios del ejército republicano, comenzaron á entrar en confusion, y su derrota llegó muy presto á ser general; todo el ejército huyó dispersado, unos á Rennes y otros á Fougues, dejando en el campo de batalla seis mil hombres entre muertos y heridos; (1) mientras que los realistas capitaneados por sus sacerdotes, volvian á Dal, apresurandose á entrar en las iglesias para dar gracias á Dios por su fortuita libertad de una situacion tan desesperada.

Los republicanos fueron rechazados, pero no derrotados; retiráronse á una posesion que habian fortificado muy bien al rededor de la ciudad de Antrain, poniendo así un obstáculo á la marcha que debian seguir los realistas. Los vendedanos los atacaron á medio dia, siendo conducidos por Larrochejaquelein, quien temia de

(1) Larroch. 300, 305. Jom. IV, 336, 337. Beauch. II, 197, 198.

jar pasar los primeros momentos de entusiasmo sin que pudiesen conseguir un triunfo decisivo. La obstinacion de los republicanos detuvo por largo tiempo el furioso ataque de los realistas; pero tomaron al fin los atrincheramientos, y aquellos corrieron por todas partes. Vencedores y vencidos entraron mezclados en Antrain, siguiéndose en medio de las calles apiñadas de aquella ciudad, escenas de sin igual horror. En la confusion de la huida, los soldados, la gente que acompañaba á los campamentos y los heridos, estaban todos agrupados en medio de la artillería y de los carros del bagaje; así pues, todos cayeron en manos de los realistas; y habriase seguido allí una horrible carnicería ejecutada por estos, exasperados entonces hasta el mas alto grado, por las crueldades de los republicanos; pero interpusiéronse sus gefes, engrandeciendo su triunfo por un acto de extraordinaria humanidad. Los heridos que cayeron en su poder, no solo fueron tratados y vestidos con el mismo cuidado que sus propios soldados, si no que sin cange ninguno fueron enviados á Rennes, con una carta para las autoridades republicanas de aquella ciudad, en la cual despues de referir la atroz crueldad ejercitada por sus tropas en la Vendea, añaden, "pero el ejército real tan solo se venga de las sangrientas atrocidades de sus enemigos, con actos de humanidad (1)."

Estas grandes victorias restauraron otra vez la causa de los realistas, porque durante la pri-

[1] Beauch. II, 200, 203.

mera confusion que se siguió á su derrota, los republicanos no estaban en estado de estorbarles, ni que llegasen al puente de Cé ó Saumur, ni aun que se apoderasen de Nantes ó Granville, de cuyos puntos se habian retirado entonces las guarniciones [1].

Despues de un largo consejo los generales determinaron volver á aquel lugar, el cual era entonces una presa fácil, pudiendo desembarazarse en él al mismo tiempo, de la muchedumbre que les seguia, y abrir una comunicacion con Inglaterra. Empero, no bien llegó á trascenderse este plan, cuando entre las tropas estalló otra vez una abierta rebelion, siendo tan vehemente el motin, que solo pudo apaciguarse con la inmediata resolucion de que el ejército marchase á Angers. "Considerad, decian, cuán formidable es la República; jamás hemos afrontado un combate por sangriento que pareciera, que no fuese el preludio de otro mas sangriento todavía. ¿No estamos debilitados por inmensas pérdidas, é incapaces totalmente de levantar una insurreccion en Bretaña? ¿Qué podemos hacer entonces en un país inhospitalario, sin socorro, sin apoyo, y á menudo sin pan? Volvamos á la tierra que nos dió el ser; allí encontraremos al menos algunos vestigios de nuestros altares, algunas ruinas de nuestras casas, donde podamos guarecernos, ó en último caso, donde se nos permita siquiera reposar tranquilos en la tumba. Allí

[1] Jom. IV, 333.

nuestros cadáveres no serán como aquí, la presa de los buitres y de las bestias feroces. ¿Qué podemos esperar de los bretones? ¿Acaso no nos tratan cual si fuésemos bandas de ladrones? Apresurémonos, pues, á ganar la Vendea. Charette aun infunde el espanto en medio de sus bosques; unamos nuestros estandartes á los suyos y ¡quién sabe si él nos podrá conducir aún á la victoria!” Este discurso inflamó la imaginacion del pueblo á tal extremo, que cuantos esfuerzos se hicieron para dominarlo, fueron infuctuosos. En vano se desplegaron las banderas en el camino de Pantorson, y en vano tambien emplearon los gefes todos los esfuerzos para obligarlos á que los siguiesen; un motin mas terrible que el de Granville se levantó por todas partes, y los gefes contra toda su voluntad se vieron obligados á tomar el camino del Loira. Así pues marcharon en seguida, pasando por Fougueres, Ernee y Laval, sin ser inquietados por el enemigo; pero el valor de los soldados se encontraba muy abatido á causa de los espectáculos de horror con que se encontraban al pasar de nuevo por las ciudades que habian ocupado anteriormente. Por todas partes los enfermos, las mugeres y los niños que se habian dejado atrás, habian muerto á manos de los republicanos, y sus cadáveres aun estaban insepultos en las calles; los mismos propietarios de las casas que los ampararon, tambien habian caido sin misericordia al filo de la espada republicana. Todos se acercaban á Angers con la con-

vicion de que en el curso de esa terrible guerra, debian caer tarde ó temprano, ya fuese en el campo, ya en el cadalso (1).

Angers, rodeado de una vieja muralla, y embarazado por vastos arrabales, estaba defendido tan solo por una pequeña guarnicion; el general Danican á la cabeza de una brigada habia entrado en ella, menos con la esperanza de defenderla, que de obtener una regular capitulacion, y si las tropas hubiesen sabido dar un *coup de main*, la plaza habria sido una presa fácil, y todas las medidas de la Convencion se hubieran podido trastornar; pero el ataque no fué llevado á cabo con mas habilidad que el de Granville, y las tropas, exhaustas por la fatiga y el sufrimiento, no mostraron su valor acostumbrado. Por mucho tiempo se concretaron tan solo á un cañoneo lejano; pero al fin, despues de treinta horas de un combate terrible, llegaron á las murallas y comenzaban á escalarlas, cuando su retaguardia fué acometida por la caballería republicana, destacada por Rosignal, con el objeto de molestar á los sitiadores. M. Forestier rechazó prontamente el ataque con la caballería vendeaná; sin embargo, la confusion ocasionada por esta desgraciada alarma fué tal, que un temor repentino se apoderó del ejército, desampararon las murallas, y sin orden ninguno comen-

(2) Larroch., 309 Jom., IV., 338. Beauch., II., 297, 208.

zaron á desfilas en confusión hácia Beaugé. Los gefes emplearon todo su poder á fin de conducirlos al asalto, pero fué en vano, y aun se avanzaron hasta prometerles el saqueo, de la ciudad caso que triunfasen; pero era tal la virtud de aquel pueblo sencillo aun en medio de tantas desgracias, que rechazaron con horror semejante propuesta diciendo, que Dios los abandonaria si alimentaban tales proyectos (1).

Apenas el ejército habia llegado á Beaugé, cuando conocieron los ruinosos resultados del paso que habian dado. Por aquella parte no tenían medios ningunos para cruzar el Loira, sino por Saumur y Tours, cuyos puentes, defendidos por numerosas guarniciones, les impedian efectuar su objeto. Una consternacion general se apoderó de las tropas, pues no obstante estar á la vista de sus casas, les era casi imposible cruzar el rio. Este mal crecia con espantosa rapidez; los gritos de los heridos á quienes era preciso abandonar en la marcha, despedaban todos los corazones; lo espantoso de los caminos, el hambre que empezaba ya á dejarse sentir, y en fin, la muchedumbre llorosa que rodeaba á los soldados, todo contribuia á enervar á los mas varoniles corazones. Los gefes no sabian qué partido tomar, y los soldados estaban desesperados [2].

(1) Jom., IV., 340. Larroch., 310. Beauch., II, 214, 216.

(2) Jom., IV., 340. Larroch., 313, 314.

La firmeza de M. de Larrochejaquelein no le abandonó en esta cruel estremidad, y despues de pesar con madurez cuantas reflexiones se presentaban naturalmente, resolvióse cambiar la marcha del ejército, y moverse por la Felche hacia el Mans. La retirada era protegida por una fuerte retaguardia porque de frente no se temia ningun peligro; grande fué, pues, la consternacion de las tropas, cuando á su llegada á La Felche encontraron el puente roto, y cinco mil hombres ademas, que ocupaban la orilla opuesta del rio, mientras que su retaguardia era vehementemente asaltada; pero la presencia de ánimo del general los salvó de una ruina manifiesta. Ordenando hacer alto á la retaguardia, tomó trescientos de sus mas bravos soldados de caballería, puso á cada uno un granadero *en croupe*, y á la caida de la noche, despues de haber atravesado el rio por un vado que se hallaba mas arriba, atacó á los republicanos en la obscuridad. Un terror repentino se apoderó de aquellos, quienes se dispersaron y corrieron por todas partes, mientras que Larrochejaquelein restablecia el puente, y daba un dia de reposo á su ejército tan fatigado ya; despues de esto, continuaron su marcha hasta Mans sin oposicion ninguna (1).

Esta ciudad estaba destinada á presenciar la ruina de la causa realista. Las tropas llegaron allí en tal estado de fatiga y sufrimiento, y tan abatidas ademas, que facilmente podia

El 10 de Diciembre fueron derrotados con inmensa pérdida en Mans.

(1) Larroch. 317. Jom, IV, 342. Beauch. II, 222, 225.

preverse que serian incapaces de resistir un ataque vigoroso; seis meses de incesantes marchas y combates no solo habian dibilitado su energia, sino agotado tambien su fuerza. Estaban en el mismo estado que el grande ejército cuando su retirada de Moscow, añadiendose á esto la carga de una muchedumbre sin fuerzas é igual en número á los soldados, que entristecia todos los corazones con el cruel espectáculo de sus padecimientos. El número de enfermos y heridos hacia absolutamente necesaria la detencion de algunos dias, dando asi tiempo á los generales republicanos, para que concertasen el modo

Diciembre 12, de aniquilarlos. Por todas partes se acumulaban fuerzas numerosas.

Marceau, Westerman y Kleber, habian reunido cuarenta mil hombres con los que atacaron al desalentado ejército realista, incapaz bajo todos aspectos de resistir un serio asalto; pero estehizo una heroica defensa no obstante que apenas pudieron reunirse unos doce mil hombres capaces de hacer frente al enemigo. Larrochejaquelein colocó en un bosque de abetos á sus mas valientes soldados, desde donde mantuvieron un fuego terrible, tanto tiempo, cuanto pudieron tener al alcance la izquierda de los republicanos; pero habiendo Kleber desalojado á la division de Stofflet de su posicion, todo el ejército fué arrastrado como un torrente dentro de la ciudad, y aun alli mismo se resistieron del modo mas obstinado. Larrochejaquelein colocó cañones en todas las calles que desembocaban

á la plaza mayor, llenó de mosqueteros las casas de esas mismas calles; y un fuego terrible se desprendió de todas partes, acrecentando asi los horrores del combate nocturno. Empero, despues de una espantosa noche de sangre, los soldados republicanos quedaron al fin dueños del campo por todas partes; á Larrochejaquelein le mataron dos caballos, y á pesar de los mas heroicos esfuerzos, las masas de la multitud fueron arrojadas de la ciudad, y dispersadas en el momento en que llegaban á la parte opuesta. La escena de horror y confusion que se siguió allí, desafía por cierto la descripcion mas atrevida; en vano Larrochejaquelein reunió mil quinientos hombres, á fin de oponerse á las columnas victoriosas; fué herido y atropellado entre el tumulto y dispersados los suyos, empezando entonces los republicanos una carniceria sin distincion con los espantados fugitivos.

Diez mil soldados é igual número de mugeres y niños perecieron al filo de sus incansables espadas, mientras que toda su artillería y una cantidad incalculable de bagage cayó en manos de los vencedores. Los que conservaron su vida, la debieron particularmente al heroismo del caballero de Duhaux y del vizconde de Scepeaux, que con ochocientos bravos se sostuvieron hasta lo último, descargando con sus propias manos los cañones de una batería que apoyaba la retaguardia, porque ya todos los artilleros habian caido á su lado. Aquellos republicanos sin compasion ninguna, mataban por miles á las mu-